SODALITIUM

Anno IX - Semestre II n. 4 - Dicembre 93 -Gennaio 1994 N. 36

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº **36**, pág. 6. Título original: *Quattordicesima puntata: la commissione antepreparatoria del Concilio (1959-60). IL PAPA DEL CONCILIO.* Autor: P. Francesco Ricossa. Fecha: **Diciembre 1993 – Enero 1994.** Traducido al español. Pág. web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

Décimo cuarto episodio: La comisión preparatoria del Concilio (1959-1960)

"EL PAPA DEL CONCILIO"

por el P. Francesco Ricossa



Juan XXIII junto con G. B. Montini, él que "representa a todos los obispos italianos" en el corazón de Roncalli

La comisión preparatoria del Concilio (1959-1960)

"Que el próximo Concilio Vaticano II, con el poderoso soplo del Espíritu Santo, disipe todas las tinieblas del error, para que el sol de la verdad, ese sol que no conoce ocaso, brille cada vez más en el horizonte de la Iglesia". Con estas palabras finalizó la presentación de su breve obra, "Silloge degli errori teologici contemporanei. Con appendice sul *Magistero Ecclesiastico"* [Silogismo de errores teológicos contemporáneos. Con apéndice sobre el Magisterio Eclesiástico – ndt], Padre Gabriele M. Roschini o.s.m., Decano de la Facultad Teológica "Marianum" de Roma y consultor del Santo Oficio.

El librito, de pequeño tamaño pero lleno de valor, data de 1959: Juan XXIII acababa de anunciar que se celebraría un Concilio Ecuménico. Tomé el volumen en mis manos y lo hojeé con tristeza: se lo había comprado a los Padres Servitas por un par de céntimos, junto con otras obras del célebre mariólogo, que los Padres retiraron de sus bibliotecas. La gloria de la orden ya no es el Card. Lepicier o el padre Roschini, sino personas como el padre Turoldo. El Concilio Vaticano II, de hecho, ha pasado ya casi treinta años, pero el "poderoso soplo del Espíritu Santo" no disipó, en aquella ocasión, "las tinieblas del error". Por el contrario, puede decirse que, como el Viernes Santo, "*una gran oscuridad vino sobre la tierra* (...) *a causa del oscurecimiento del sol*" (Lc. 23,44.45; cf. Mt. 27,45 y Mc. 15,33). Roschini denunció el "relativismo de la cultura moderna", a quienes no identificaban el Cuerpo místico sólo con la Iglesia romana, el "falso irenismo" ecuménico, la exégesis independiente, la oposición artificial entre los Padres, por una parte, y la escolástica y la contrarreforma, por otra, el evolucionismo poligenista y las nuevas teorías sobre el pecado original, la confusión entre el orden natural y el sobrenatural, la sobrevaloración del "sacerdocio" de la fe, los actos de independencia del Magisterio y de la jerarquía eclesiástica, la negación de la procreación como fin primario del matrimonio, etc., etc. etc. Todo esto, pensaba el buen Padre, será barrido por el Concilio del Papa Juan. Y como, además del error, mencionaba también al errante, el religioso servita enumeraba, entre otros, al padre Theilard de Chardin, al padre Danielou, al neoorigenismo de Karl Barth y del padre Henri de Lubac, a los seguidores

de Maurice Blondel, al padre René Laurentin, al filósofo Jean Guitton, a los liturgistas Jungmann y Parsch... todos condenados, en persona o al menos en sus doctrinas, por el Magisterio de la Iglesia. ¡Pobre Padre Roschini! Vio a estos errantes honrados y venerados después del Concilio, algunos de ellos elevados a la "púrpura cardenalicia"; y sus errores se convirtieron en la enseñanza oficial de aquel Concilio que debería haberlos disipado.

La esperanza del padre Roschini de que el Concilio fuera una reedición del "Syllabus contra los principales errores de nuestra época" no era exclusiva suya. Lo compartían todos los teólogos llamados "romanos" por su segura ortodoxia y su total lealtad al Papa y a la Iglesia romana. "Durante la semana en la Universidad de Letrán en preparación del Concilio Vaticano II, el rector Piolanti había propuesto un Concilio de condena de los errores del mundo moderno" ([1]) Como Roschini, ahora lo sabemos, Piolanti también se engañaba a sí mismo: "Un Concilio de condena era contrario a la línea del Papa, la de un Concilio pastoral" ([1]).

A decir verdad, no son sólo los teólogos romanos los que imaginan un Concilio muy distinto del que conocemos. La Curia romana y el propio episcopado, al menos el episcopado italiano del que el Papa es Primado, se mostraron fríos ante la idea del Concilio, o al menos tenían una idea del Concilio muy distinta de la de Juan XXIII.

El Concilio del Papa Juan y el Concilio de la Curia

Ya en el último episodio revivimos la mañana en que Roncalli anunció el Concilio Vaticano II a unos cuantos cardenales atónitos. Con el historiador jesuita Martina, volvemos a recordar la reacción de los cardenales de la curia presentes. "Es bien conocida", escribe el padre Martina, "la actitud reservada, cuando no francamente contraria, mostrada por los cardenales presentes en San Pablo el 25 de enero de 1959: la hipótesis de un papa de transición se mostraba fracasada. (...) Según la historiografía más difundida, comenzó entonces el duelo entre el Papa y la Curia: el primero, empeñado en la idea de un Concilio activamente innovador, la segunda, agotada por el vano esfuerzo de frenar el entusiasmo del Papa y de refrenar sus iniciativas" ([2]). El padre Martina no está totalmente de acuerdo con esta versión, quizá demasiado simplista ([3]), pero admite sin embargo que "es innegable un cierto obstruccionismo por parte de la curia" ([4]).

De hecho, escribe Riccardi, "desde los primeros pasos de la apertura del Concilio, el Papa es consciente de que es necesario clarificar las relaciones entre la asamblea ecuménica y la curia. Al final del discurso en San Pablo, el mismo día del anuncio del Concilio a los cardenales presentes, "el

cardenal Canali, conocedor del camino elegido por el pontífice anterior —dice el Card. Confalonieri— planteó, entre incómodo y curioso, la cuestión de si el Santo Oficio se encargaría también esta vez de la preparación. El papa Juan se quedó un momento, como sorprendido, y luego, en un tono de voz tranquila pero decidida, respondió: el presidente del Concilio es el Papa" ([5]). El episodio emblemático es citado repetidamente por Riccardi y otros historiadores posteriores a él que lo comentan en el mismo sentido ([6]). El viejo, pero autorizado Card. Canali (nacido en 1874, había recibido la púrpura en 1935), fiel servidor de San Pío X, no hizo a Juan XXIII una pregunta insípida o incorrecta. Era natural que el Papa no pudiera encargarse **personalmente** de todo ([6b]). Era normal que confiara la preparación del Concilio al Santo Oficio, como habría hecho Pío XII. Pero Canali temía (¡la propia pregunta lo demuestra!) que esta vez no fuera así. Roncalli no le tranquilizó. Al contrario. Puesto que el Papa no podía ocuparse personalmente de la preparación del Concilio, y no pensaba confiar esta tarea al Santo Oficio o a la Curia... ¿**a quién se la confiaría**? A los enemigos de la Iglesia, como veremos en seguida.

Los temores del Card. Canali (y no sólo los suyos) tuvieron tiempo de consolidarse a lo largo del período que va desde el anuncio del Concilio hasta la víspera de su inauguración. Alberigo recuerda las constantes intervenciones de Roncalli, todas encaminadas a privar de autoridad a los cardenales romanos. "Juan XXIII —escribe— se mostró muy pronto consciente de la inclinación de la Curia romana a tomar la hegemonía de la preparación del Concilio, con vistas a orientar su curso" ([7]). El 30 de mayo de 1960, al presentar un amplio balance de los trabajos preparatorios, tuvo ocasión de decir que la preparación del Concilio no sería obra de la Curia romana ([8]). En el solemne encuentro de Pentecostés del 5 de junio insertó una clara afirmación de la distinción entre curia y concilio ([9]), claramente sugerido por la presencia de actitudes diferentes (y, de hecho, poco después el cardenal Tardini le confió al padre Tucci que la víspera el Papa se había permitido el uso de hablar con excesiva franqueza) ([10]). Juan XXIII confirmó su actitud el 7 de junio siguiente en una reunión con el mismo director de la Civiltà Cattolica, confiándole que no era posible excluir a la curia de los trabajos preparatorios y que él mismo *no pensaba hacer nada sin consultar al cardenal Secretario de Estado* ***y viceversa*** ([11]); tal vez esta aclaración pueda relacionarse con el hecho de que el motu proprio *Superno Dei nutu*, que instituía las comisiones preparatorias del Concilio Vaticano II ([12]) había sido preparado por el card. Tardini ([13]) (...)" ([14]). Volveremos sobre el progresivo deterioro de las relaciones de Roncalli con su Secretario de Estado, que llegó hasta el punto de pedir la dimisión (que, sin embargo, fue rechazada). Baste

mencionar aquí que el propio Alberigo llegó a escribir: “Quizá sea posible preguntarse si la convocatoria formal del Concilio el 25 de diciembre de 1961 no se vio facilitada por la muerte del Card. Tardini” ([14]). Nada cambió con el nuevo (y más dócil) Secretario de Estado, Cicognani, a quien Juan XXIII dio las mismas instrucciones “respecto a la relación entre la curia y el sínodo ecuménico”; eran éstas: “**Distinción** y concordia” ([15]). “En vísperas de la apertura del Concilio, dirigiéndose directamente a la curia, el papa creyó oportuno amonestar, en términos típicamente roncallianos que, dada la importancia y delicadeza de un acontecimiento tan esencial, si hay una circunstancia en la que hay que mortificar la propia imaginación y velar por la propia dignidad personal, es precisamente ésta” ([16]).

Nos hemos adelantado un poco a nuestro discurso siguiendo a Alberigo, pero se trataba de mostrar una continuidad, e incluso una firme voluntad, en Juan XXIII de mantener a raya a la Curia romana, fiel a la tradición, para que no se tomara demasiado a pecho el Concilio, o incluso para impedir que se celebrara. “La firmeza del Papa Juan —escribe Alberigo— se expresó también en la limitación a un aplazamiento indefinido del tiempo de preparación, lo que podría implicar una expectativa de que entretanto el anciano pontífice desapareciera y con él el concilio. Por otra parte, no hay que olvidar que la duración de la preparación (44 meses) fue superior a la de todo el Concilio (¡39 meses!)” ([17]). De una forma más vulgar, como es su costumbre, Hebblethwaite expresa el mismo concepto: en Pentecostés de 1959 fue organizado por el Card. Tardini y “aunque Juan había elegido la tarde del domingo de Pentecostés, 5 de junio de 1960, para anunciar el inicio de las comisiones preparatorias propiamente dichas, estas últimas no se pusieron a trabajar hasta el 13 de noviembre de 1960.

Se sospechaba que el cardenal Domenico Tardini había alargado deliberadamente los preparativos, por diversas razones. Pero si pensó que Juan no viviría mucho más, fue víctima de una ironía divina ([18]), ya que él mismo murió antes, el 30 de julio de 1961, casi dos años antes que el Papa. Incluso para una institución acostumbrada a contar el tiempo en siglos, esta lentitud resultaba inquietante con tantos ancianos de por medio” ([19]).

Que Roncalli tenía prisa, mientras que Tardini no (para el primero habrían bastado “dos o tres años de buena preparación”, para el segundo, en cambio, “el calendario parecía demasiado apretado”), es un hecho, como él mismo le dijo al político democristiano Andreotti el 22 de enero de 1959, cuando le comunicó por adelantado la noticia ultrasecreta del próximo anuncio del Concilio: “Cuando uno se acerca a los ochenta años, no puede adoptar un calendario demasiado largo” ([20]) Los rumores de Alberigo y Hebblethwaite no son, pues, simples rumores malintencionados: hay algo

de verdad en ellos, pero todo es mérito de la vituperada “curia romana”. Y que algo hubo también lo confirma el menos categórico padre Martina, que admite: “Es innegable que hubo cierto obstruccionismo por parte de la curia. Hasta el 29 de enero (1959) no se envió al Sacro Colegio el discurso del día 25, y de 74 cardenales sólo 24 (entre ellos Montini) expresaron por escrito al Papa o al Secretario de Estado su apoyo y sus propuestas. El Papa quiso y consiguió en parte eludir o superar a la curia: decidió una consulta a todo el episcopado (una novedad notable respecto al Concilio Vaticano I, para el que sólo se había consultado previamente, al menos al principio, a unos pocos obispos)” ([21]).



Juan XXIII paseando con algunos obispos y cardenales italianos (entre los cuales se pueden reconocer a Montini, Lercaro y Fossati)

El episcopado en vísperas del concilio

Hablar del concilio ecuménico implica también discutir la relación entre el Papa y los obispos, el primado de Pedro y la autoridad del Concilio. Un viejo problema, que también dio lugar a una herejía que lleva el nombre del concilio, el conciliarismo ([22]), según el cual el concilio ecuménico es superior al Papa. Por esta razón, no pocos obispos “liberales” (como Mons. Bonomelli, del cual hemos recordado las relaciones con el joven Roncalli, cuyo nombre tiene el desagradable privilegio de figurar en el Índice de Libros Prohibidos) invocaron o profetizaron un concilio que cambiaría la Iglesia ([23]). Por el contrario, los teólogos fieles a Roma escribían tranquilamente que “el concilio universal se ha vuelto inútil y superfluo para la Iglesia católica” ([24]) o al menos insistían en el carácter totalmente ocasional de los concilios: “Los concilios no son necesarios para la Iglesia (...) —escribía J.

Forget en el Dictionnaire de Théologie Catholique en 1908— la razón teológica, así como la historia lo afirman. La Iglesia posee en el primado del Romano Pontífice el órgano ordinario y esencial de la autoridad suprema y este órgano tiene de sí mismo el poder y la gracia de decidir todas las cuestiones, de sancionar las leyes universales, de responder a todos los problemas" ([25]). La Enciclopedia Católica no lo expresa de otro modo: "Aunque nadie puede negar la conveniencia y utilidad de los concilios, no hay pruebas suficientes para deducir su origen divino. Cristo trató suficientemente de mantener la autenticidad de su doctrina con la institución del primado (Wernz-Vidal, II, pág. 524)" ([26]). Por esta razón, Pío XI y Pío XII renunciaron a la idea de un concilio ([27]). Las cosas cambiaron con Juan XXIII, que desde el principio de su pontificado trabajó decididamente por una reducción del poder papal y de la curia en favor del poder de los obispos. "El pontificado de Juan XXIII marcó el declive de la imagen de la omnipotencia del papa", lo expresó crudamente Riccardi, contrastándolo con la centralización de los asuntos en manos del papa que se había desarrollado hasta Pío XII ([28]). Hablando de los primeros meses del pontificado de Roncalli, el sacerdote rebelde Don Milani dijo: "En ese brevísimo tiempo el papado ya había intentado restablecer el poder de los obispos. Y esta fue la primera diferencia entre el papado de Juan XXIII y el de Pío XII. De hecho, Pío XII había privado a los obispos de su poder. (....) Juan, en cambio, dio primero autonomía a los obispos" ([29]). Dejemos la responsabilidad de sus osadas palabras a Don Milani, pero notemos que en Juan XXIII "la atención al episcopado es evidente: esto se puede ver en el pequeño pero significativo gesto de querer ordenar obispos y cardenales diáconos estableciendo la regla (*Cum gravissima*) de que todo el Colegio Cardenalicio esté formado por obispos. O cuando quiere que las diócesis suburbicarias sean gobernadas por obispos residenciales, privando a los cardenales de la Curia de este poder. **Pero, sobre todo, el Concilio es la expresión más decisiva de esta implicación de la Iglesia y de los obispos**" ([30]). Cuanto Pío XI y Pío XII habían temido, se realizó: los obispos afligidos por un "complejo antirromano" aprovecharon la oportunidad que les ofrecía Juan XXIII, ya que la consulta a todo el episcopado, como hemos visto, la quería el mismo Roncalli. De hecho, "el 15 de junio de 1959, el Secretario de Estado, Tardini, pidió a los obispos y a los superiores generales que presentaran sus *votos* a la Santa Sede: se trataba de una amplia consulta a los futuros protagonistas del Concilio Vaticano II, querida por Juan XXIII, no de una cuestión cerrada" ([31])· Esta ausencia de cuestionario es muy importante: fue Juan XXIII quien no quiso un cuestionario que hubiera dirigido las propuestas por un

cauce predeterminado, excluyendo el dar espacio a las opiniones más cuestionables o incluso a las herejías. “El Card. Siri, que siempre se había preocupado por la apertura joánica y la aventura conciliar, consideraba esta consulta como un fenómeno generador de confusión: *este tipo de investigación ampliaba enormemente el campo que el Concilio debería haber tratado* ***e indirectamente respaldaba la duda de muchos asuntos***... Y concluye, captando un cierto estado de ánimo: ***A partir de este momento, muchos creyeron que casi todo se podía discutir***” ([32]). ¿A quién atribuimos la responsabilidad de todo esto, si no a Juan XXIII que quería la consulta y la forma (sin cuestionario) de llevarla a cabo?

Hubo alrededor de 2000 respuestas, el 77% del episcopado. Ya se vislumbra la división entre los prelados “del Rin” (alemanes, holandeses, franceses) y los romanos. Por ejemplo, “el Card. Alfrink, arzobispo de Utrecht, pide que se declare que el gobierno universal de la Iglesia está confiado al colegio de los obispos encabezado por el Papa” ([33]). Es la colegialidad. Sin llegar a ese extremo, muchos obispos norteamericanos, canadienses, franceses, belgas y holandeses piden menos dependencia de la curia y de Roma, mayor internacionalización, incluso la afirmación de que el poder de los obispos viene directamente de Dios, y no del Papa. A ellos “no les gusta ser considerados meros agentes de la curia” ([34]).

Si las tendencias antirromanas y progresistas de algunos episcopados eran ya evidentes en vísperas del concilio, no hay que deducir que Roma no podía, si hubiera querido, remediarlas. Las respuestas de aquellos obispos fueron como los síntomas que manifiestan una enfermedad, pero Juan XXIII habría podido contar con la fidelidad de muchos prelados que no pedían otra cosa que defender y reafirmar la doctrina de la Iglesia y los derechos del Papa.

Examinemos, por ejemplo, los votos expresados por los obispos italianos, siguiendo el estudio de Giovanni Miccoli, profesor de Historia de la Iglesia en la Universidad de Venecia. “Los votos de los obispos —escribe— se enviaron en su mayoría a Roma entre la segunda mitad de 1959 y los primeros meses de 1960. Por lo tanto, se formularon en el período inicial del pontificado de Juan, **cuando las características de su línea de pontificado se encontraban todavía en una fase de gradual explicitación. Esto explica también que la percepción de ellos aparezca fuertemente atenuada o completamente ausente en la mayoría de los textos episcopales**, que por lo tanto son tanto más significativos e interesantes como las expectativas y la perspectiva con la que los obispos miraron, yo diría **autónomamente**, al próximo Concilio” ([35]). Aquí el profesor Miccoli nos dice que la mayoría de los obispos italianos aún no habían comprendido el pensamiento

de Juan XXIII, y por lo tanto imaginaban un concilio muy diferente del que Roncalli estaba preparando... Como el padre Roschini, como el padre Piolanti, como todos los católicos que desconocen el *aggiornamento*, imaginaron un concilio de condena de los errores contemporáneos, como lo habían sido hasta entonces todos los concilios.

El más previsor (y valiente) fue el arzobispo de Trani y Barletta, el clérigo dominico Reginaldo Giuseppe Maria Addazi, que "se pronunció claramente contra la conveniencia de convocar el concilio por la inevitable ausencia de los obispos sometidos a los regímenes comunistas, con el riesgo de agravar su suerte, puesto que un concilio no puede evitar *agitare argumenta quae communismum tangunt* [discutir argumentos que tocan al comunismo – ndt] ([36]); por la inoportunidad de mantener a tantos obispos mucho tiempo alejados de sus sedes en una situación mundial tan perturbada; por la vana esperanza de devolver a la Iglesia a los cristianos separados — *non minus pervicaces quam eorum praedecessores* [no menos pertinaces que sus predecesores] ([37]) —; por la extrema dificultad de remediar los males sociales del presente. Este mismo obispo no se priva, sin embargo, de señalar sus *vota* con cierta amplitud, ofreciendo así un cuadro catastrófico de las condiciones de la Iglesia en la sociedad: *Generatim popolus chrístianus non iam audit vocem Ecclesiae. In Italia, et puto in universo mundo, communismus incessanter progreditur, quia populi communistarum fallaciis credunt, dum boborum aeternorum promissiones spernunt. Communistarum progressiones et incrementa vere sunt expavescenda* [En general, el pueblo cristiano ya no escucha la voz de la Iglesia. En Italia, y creo que en todo el mundo, el comunismo progresa incesantemente, porque los pueblos creen en las falacias de los comunistas, mientras desprecian las promesas de los bienes eternos. Los progresos y aumentos de los comunistas son realmente espantosos - ndt] ([38]). En realidad, una actitud tan desoladora y pesimista (¡realista! – nota del editor) es muy común en los documentos de los obispos: *Nemo est ignarus pietatis imminutionis, morumque corruptionis populi christiani* [Nadie ignora la disminución de la piedad y la corrupción de las costumbres del pueblo cristiano - ndt] ([39]); *magis ac magis* (*ingravescit*) *manifestatio et diffusio immoralitatis et neo-paganorum vita perversa crescit* [cada vez más (se agrava) la manifestación y difusión de la inmoralidad y la vida perversa de los neopaganos - ndt] ([40]); *angimur de crescente immoralitate gentis nostrae* [nos angustiamos por la creciente inmoralidad de nuestra gente - ndt] ([41]); *corruptio ubique* [la corrupción crece por todas partes - ndt] ([42]); *saevit hac aetate, quod omnes norunt, nefarius laicismus, saevit et impius communismus* [en esta época, como todos saben, prevalece

el nefasto laicismo, y también el impío comunismo - ndt] ([43]); *pestis communismi de die in diem se extendit, maxima cum animarum ruina, quia haereses omnes complectitur et ad omnia vitia, peccata et delicia viam pandit* [la plaga del comunismo se extiende de día en día, con gran ruina de las almas, porque abarca todas las herejías y abre el camino a todos los vicios, pecados y placeres – ndt] ([44]). A esta perspectiva corresponde un impulso claramente defensivo que proclame nuevas condenas solemnes de los errores modernos por parte del concilio, pidiendo a veces explícitamente que se complete el Syllabus de Pío IX. En 111 casos se menciona explícitamente el comunismo, muy a menudo como el principal error a condenar (solo o más raramente junto con el socialismo), mientras que en otra treintena de casos los errores se mencionan de forma más general o global; sesenta y cinco veces se menciona el laicismo y casi otras tantas el neomodernismo teológico (también hay quien, pero la nota es sólo de color, pide la condena de los Padres De Lubac y Theilhard de Chardin, o, remitiéndose claramente a las intervenciones de la *Civittà cattolica* unos años antes, la de Maritain y el humanismo cristiano) ([45]). Muy raro es el discurso conducido predominantemente en positivo ([46]) (citaría a Lercaro, D'Avack, Fares, Montini), o que declara explícitamente inútil repetir condenas ya proclamadas (Lercaro). A este mismo impulso defensivo corresponde la exigencia de definiciones precisas y distinciones claras que no dejen lugar a dudas, discusiones o malentendidos en el seno de la comunidad católica. De ahí los frecuentes llamamientos no sólo a un verdadero nuevo Syllabus de los Errores, que más o menos explícitamente retomaba y completaba el antiguo ([47]), sino también a un catecismo único para toda la Iglesia, una summa o códice o catecismo moral y social, una sinopsis de las declaraciones de los sumos pontífices sobre las cuestiones de nuestro tiempo (doctrina que hay que aceptar y errores que hay que rechazar), o, por último, combinando estas exigencias, un catecismo sobre la doctrina social y los errores del comunismo. (...) La actitud de los obispos italianos ante el problema ecuménico merece (...) un análisis aparte.

Un indicio de su falta de sensibilidad hacia esta cuestión puede verse en el hecho de que más de cien obispos piden nuevas definiciones dogmáticas de ciertas preconcepciones marianas, en particular la mediación universal de María, mientras que muy pocos las subordinan al problema de la unidad, y sólo una decena niega su apoyo porque aumentaría las dificultades de recuperar a los *hermanos separados*” ([48]). Recuerdo que esta última “era la posición de Juan (XXIII) que como Patriarca ya había manifestado su oposición a la *proclamación y a la fiesta litúrgica de la Realeza de María* ([49]),

y esta oposición, con referencia a la *definición dogmática de la maternidad espiritual de María*, la había repetido como Papa” ([50])

Pero si Juan XXIII (como Montini) prefería complacer a los luteranos antes que a la Virgen, muchos obispos italianos, por el contrario, estaban preocupados por el crecimiento de la propaganda protestante (¡qué dirían hoy!). Entre ellos “no faltan los que recuerdan que los males actuales tienen su raíz en la rebelión luterana, o los que establecen una conexión entre protestantismo y comunismo, y esperan que el nuevo concilio sea para el comunismo lo que Trento fue para el protestantismo, los que se quejan de la propaganda protestante y de la difusión de la Biblia, o los que piden la unidad de la Iglesia porque se está acosada por las sectas protestantes” ([51]). Además, al hablar de las perspectivas de unidad, los términos utilizados recuerdan generalmente los términos tradicionales del *retorno* o prevén la mera conversión de los disidentes, sin captar la novedad que el discurso de Juan sobre el tema proponía ya en aquellos meses. Por otra parte, la frecuente referencia a la *Humani generis*, así como el rechazo y la condena de las nuevas corrientes teológicas, dejan pocas dudas sobre la poca disposición de muchos obispos italianos a aventurarse por caminos de actualización [*aggiornamento*] y revisión en este ámbito de las relaciones cristianas ([52])”. En cuanto al compromiso político, los obispos italianos expresan también su irritación con la Democracia Cristiana, que considera a los sacerdotes como meros captadores de votos. Reclaman “nuevas definiciones, una nueva y más clara definición del derecho del magisterio eclesiástico a intervenir en estos ámbitos —*toda actividad humana, tanto privada como pública (...) por el aspecto doctrinal y moral debe ser regulada por el Magisterio infalible de la Iglesia*—; y por ello se queja del excesivo lugar que se concede a los laicos, de sus reivindicaciones de autonomía en el ámbito social y político, y se expresan dudas y desconfianza hacia la Democracia Cristiana por su falta de realización plena del Estado católico (también hay quienes, pero este es otro caso límite, proponen la *illius sectae politicae vulgo dictae Base condena de la Democracia Cristiana* [la condena de aquella secta política llamada comúnmente Democracia Cristiana - ndt] por su concepción de la relación entre Estado e Iglesia. ..” ([53]). Para concluir, la mayoría del episcopado italiano en el momento del Concilio vuelve a proponer “términos, tonos y propuestas que, remitiéndose a un modelo probado y comprobado”, el de Pío XII y sus predecesores, “resultan **singularmente incomprensibles —cuando no explícitamente contrastantes— respecto a la línea y a las actitudes que Juan sugería puntualmente**” ([54]). Esta conclusión podría aplicarse fácilmente, creo, a otros episcopados de la

misma época, como el español y muchos episcopados latinos. En ellos podría haberse apoyado Juan XXIII para defender e ilustrar la fe católica frente a los ataques de los neomodernistas presentes en el aula conciliar. En efecto, los votos de los obispos italianos nos muestran un episcopado bastante diferente no sólo del actual, sino también del que se presentará como "mayoritario" de los Padres conciliares. Pero, ¿qué le importaban a Juan XXIII las opiniones de los obispos italianos, e incluso las de los obispos del mundo, que él mismo había solicitado? Básicamente, nada. Le bastaba la opinión de su gran amigo, desde 1925, Giovanni Battista Montini. He aquí lo que Juan XXIII escribió al cardenal Montini el 4 de abril de 1961: "Debería escribir a todos los obispos, arzobispos y cardenales del mundo: como hablo de todos y cada uno en mi humilde oración al Señor. **Pero para comprender a todos, me contentaré con escribir al arzobispo de Milán, porque con él los llevo a todos en el corazón, así como él los representa a todos."** ([55]). "Es una confesión notable —comenta Hebblethwaite— que Montini, considerado como obispo que representa, resuma, en su persona, todo el episcopado" ([56]). Ese mismo Montini que, ahora tenemos pruebas documentadas tras la reciente publicación de la biografía del cardenal Siri, que Pío XII no quería que se convirtiera en Papa a ningún precio" ([57]).

Conclusión resumen

Antes de concluir esta entrega, resumamos todo y hagamos balance, a riesgo de repetirnos, para ayudar al lector desorientado entre tanta información, a veces pormenorizada.

Nada más ser elegido, el 28 de octubre de 1958, Angelo Giuseppe Roncalli pensó en convocar un concilio (si no antes). En esto está de acuerdo con algunos elementos de la curia (Ottaviani, Ruffini), discrepando con ellos sobre la finalidad del concilio: no la condena, siguiendo la estela de la encíclica *Humani generis* del Papa Pío XII, sino la apertura a los "hermanos separados".

El anuncio del concilio, el 25 de enero de 1959, inquieta a los más clarividentes, asombra a casi todos; los cardenales son, en su mayoría, más bien tibios.

Los primeros preparativos del concilio se confían al cardenal secretario de Estado, Dominique Tardini, que es nombrado presidente de la comisión preparatoria en la fiesta de Pentecostés de 1959 ([58]). Montini ni siquiera forma parte de ella ([59]). Las conferencias de Tardini y Capovilla comienzan a explicar lo que será el Concilio ([60]), y cada uno lo imagina a su manera.

Pero Juan XXIII tenía muy claro su proyecto, que no era el de la Curia romana, con la que hubiera sido preferible colaborar. Poco a poco se fueron deteriorando las relaciones con Tardini, pues Roncalli quería dar voz a las corrientes más progresistas de los obispos antirromanos y evitar que el futuro Concilio estuviera controlado por la Curia. Esta distinción entre el gobierno ordinario de la Iglesia, confiado a la curia, y el concilio, "perteneciente" a todos los obispos, era un punto decisivo para Roncalli. Por ello, la comisión preparatoria consultará a los obispos (18 de junio de 1959), de modo que éstos sean libres de tratar cualquier asunto: una especie de "cahiers de doléances" [cuadernos de quejas – ndt] que precederá a los "estados generales" de la Iglesia y... a la revolución. Consta de 2150 respuestas (de 2821: el 76,4%) recogidas en 15 volúmenes... Sin embargo, no todo el episcopado es partidario de la "nueva teología" y el modernismo. Pero Juan XXIII opta por la otra corriente, simbolizada por Montini que, para él, representa a todo el episcopado. El año 1959 vio las cuatro primeras encíclicas de Juan XXIII: *Ad Petri Cathedram* (29-6-1959) de la que ya hemos hablado, *Sacerdotii nostri primordia* (1-8-1959), *Grata recordatio* (26- 9-1959) y *Princeps Pastorum* (28-11-1959). Son todos ellos documentos, especialmente los tres últimos, acordes con la tradición, en los que se nota la mano del Secretario de Estado, Tardini, y las huellas de la formación devocional tridentina de Roncalli: se menciona al Cura de Ars, el Rosario, las misiones... Pero Roncalli no es el "gordito" como creía Tardini, cuando era superior del nuncio en Turquía... Cuando, en el Pentecostés siguiente ([61]), el de 1960, se pasó de la fase anteprepreparatoria a la preparatoria del Concili ... sorpresa: **el Secretariado para la Unidad de los Cristianos, dirigido por el cardenal Bea**. Con esta decisión, que ya había sido madurada el año anterior, Juan XXIII establecía las condiciones necesarias y suficientes para romper con la tradición de la Iglesia y, si esto no era imposible por decreto divino, destruirla poniéndola en manos de sus enemigos. Pero de esto hablaremos en el próximo episodio.

Notas

1) ANDREA RICCARDI. *Il potere del Papa da Pio XII a Paolo VI*, Editori Laterza. Roma-Bari,1988, p.204. Fue Mons. Piolanti quien llamó a Roma al entonces Padre Guérard des Lauriers o.p. para enseñar en la Pontificia Universidad Lateranense. Pablo VI despidió no sólo al padre Guérard (¡en esto fue imitado más tarde por Mons. Lefebvre!) sino también a Mons. Piolanti. Se cuenta que un día, hablando con Piolanti, Pablo VI le aseguró que se acordaría de él todos los días en el "memento" de la misa. "Sí", habría

respondido el rector destituido a la hipócrita afirmación", ¡pero en el memento de los difuntos!"

2) GIACOMO MARTINA. *La Chiesa in Italia negli Ultimi trent'anni*, Ed. Studium. Roma. 1977, pág. 86.

3) Retomado, por ejemplo, por GIANCARLO ZIZOLA en: *Giovanni XXIII. La fede e la política*, Laterza. Roma-Bari 1988, capítulo 9: "el conflicto sobre el Concilio": o por PETER HEBBLETHWAITE en su capítulo XV ("La bagarre per il Concilio") de su: *Giovanni XXIII. Il papa del Concilio*. Rusconi. Milán. 1989.

4) MARTINA, *op. cit.*, p. 87.

5) ANDREA RICCARDI. De Juan XXIII a Pablo VI, en: AA.VV, Chiesa e papato nel mondo conteporaneo. Editado por G. Alberigo y A.. Riccardi. Laterza. Ro- ma-Bari 1990, p. 200.

6) Por ejemplo: A. RICCARDI. *II potere del Papa da Pio XIIa Paolo VI*, *op. cit.*, 179-180: G. ZIZOLA, GIOVANNI XXIII. *La fede e la politica*, op. cit, pág. 108: A. Riccardi de nuevo. RICCARDI. *Dalla Chiesa di Pio XII alla Chiesa giovannea*, en: AA.VV. Giovanni XXIII I, editado por G. Alberigo, Laterza, Roma-Bari, 1987, pág. 153. La fuente es CARLO CONFALONIERI *Momenti romani*, Roma, 1979, pág. 86.

6b) ¡Como, por otra parte, era completamente normal! ¿Acaso no es la Curia romana la más estrecha e íntima colaboradora del Papa? Pero Alberigo, como buen progresista, la detesta. En lugar de la Curia Romana, el Card. Bea, a su vez teleguiado por las asociaciones judías internacionales. Ciertamente, no en beneficio de la Iglesia romana...

7) *Acta antepraeparatoria* I, p. 92

8) "El concilio ecuménico tiene su propia función y organización, que no puede confundirse con la función ordinaria y característica de los diversos dicasterios o congregaciones que constituyen la curia romana, que también se desarrolla durante el concilio según el curso ordinario de sus funciones habituales. de administración general de la Santa Iglesia. Por tanto, distinciones precisas: una cosa es el gobierno ordinario del que se ocupa la curia romana, y otra el concilio" (*Discorsi, messaggi, colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*. Roma 1960-1964, vol. II, págs. 392-402 De ahora en adelante me referiré a él con las siglas DMC).

9) GIOVANNI CAPRILE S.J. *Il Concilio Vaticano II. Annuncio e preparazione.* I/1, Roma 1959-1960, pág. 192.

10) CAPRILE, *op. cit.*, pág. 181.

11) 5 de junio de 1960. DMC II, págs. 819-23.

12) CAPRILE, *op. cit.*, pág. 174.

13) G. ALBERIGO. *Giovanni XXIII e il Vaticano II*. en AA.VV. Papa Giovanni, op. cit, página 237.

14) A. RICCARDI. *Chiesa epapato, op. cit.*, págs. 200-201. Véase también A. RICCARDI. *Il potere del Papa op. cit.* pág. 205: G. ALBERIGO. *Papa Giovanni, op. cit.* pág. 237. El texto se encuentra en GIOVANNI XXIII. *Lettere 1958-1963*, editado por Loris E Capovilla. Ed. Storia e letteratura, Roma 1978, pág. 539.

15) DMC IV, pág. 745: cf. ALBERIGO, Papa Giovanni, *op. cit.*, pág. 237.

16) ALBERIGO, *Papa Giovanni, op. cit.*, pág. 221.

17) ¡Como buen modernista, Hebblethwaite hace que la Divina Providencia intervenga en la historia sólo para matar a personas que no le agradan! ¿Y si en cambio Tardini, un viejo servidor de la Iglesia, hubiera sido una de las primeras víctimas del desamor entre las muchas que tuvo lugar el nuevo rumbo de Juan y Pablo? Leemos a Andreotti: “En 1960, Tardini desató una verdadera bomba periodística al anunciar su dimisión porque su salud ya no lo apoyaba como antes. Inmediatamente se desarrolló una densa serie de conjeturas sobre los verdaderos motivos de la decisión y sobre la forma tan inusual en que había sido violada. **Nadie creía en la enfermedad y se hablaba de conflictos irreconciliables con el Papa**: la dimisión no fue aceptada inmediatamente, pero al año siguiente murió Tardini” (Giulio Andreotti. *A ognimorte di Papa*, B.U.R. Rizzoli, Milán, 1982, pág, 76).

18) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, páginas. 521-522.

19) ANDREOTTI, *op. cit.*, pág. 78.

20) MARTINA, *op. cit.*, pág. 87. Así es como otro historiador, el prof. Miccoli, presenta la respuesta de los cardenales a las solicitudes de Roncalli en favor del concilio previsto: “Juan les había enviado el discurso (de la ed. del 25 de enero), expresando explícitamente el deseo de recibir, *de cada uno (...) una palabra íntima y confiada que nos asegura las disposiciones de las personas y amablemente nos ofrece todas aquellas sugerencias relativas a la implementación de este triple plan* (es decir, la reforma del códice de derecho canónico, el sínodo romano y el concilio ecuménico - nde)”. En realidad, si se exceptúan muy pocas respuestas, como la del cardenal Montini, muy cálidas, aunque en términos generales, son en su mayoría muy breves, de carácter estrictamente formal y burocrático, claramente minimalistas. Los pocos que se articulan en un discurso distendido (Ruffini, Fossati, Urbani) se mueven todos dentro de una concepción de la relación entre la

Iglesia y el mundo moderno tal como fue desarrollada por la cultura intransigente del siglo XIX (¿intransigente o simplemente católica? - nda.): en el panorama sombrío del presente constituyen un concilio capaz, tanto doctrinal como disciplinariamente, de oponerse y resistir. victoriosamente contra el amenazador asedio enemigo". G. Miccoli, Sobre el papel de Roncalli en la Iglesia italiana, en *Papa Giovanni*, editado por G. Alberigo, *op. cit.*, pág. 195.

21) El conciliarismo se fortalece cada vez que se debilita el prestigio y la autoridad del Papa. A finales del siglo XIII. y a principios del siglo XIV las luchas entre Bonifacio VIII y el rey de Francia Felipe el Hermoso y entre Juan XXII y el emperador Luis el Bávaro favorecieron la teorización de este error por parte de Marsilio de Padua y Guillermo Occam. El gran cisma occidental vio el triunfo del conciliarismo en los concilios de Constanza (no aprobado por el Papa) y de Basilea, apoyado por el card. Pietro d'Ailly y Gersone. Esta teoría favoreció el desarrollo de todas las herejías hasta el protestantismo y, como vemos en otras páginas de este boletín, el propio Concilio de Trento, que tuvo un resultado completamente diferente, fue invocado sobre todo por los irenistas que querían un compromiso con los luteranos. El conciliarismo se convirtió entonces en la bandera de los galicanos. Destruido en el Concilio Vaticano I, recobró nuevo vigor, bajo el nombre de colegialidad, con el Vaticano II. La idea que subyace al conciliarismo es que Cristo no fundó la Iglesia en forma monárquica (con el Papa a la cabeza), sino aristocrática (en el colegio episcopal) o democrática (en todos los fieles). cf. A. Piolanti. entrada Conciliarismo, *Enciclopedia Cattolica*. Ciudad del Vaticano. 1950.

22) Cf. ALBERIGO, *Giovanni XXIII*, *op. cit.*, págs. 212 y 232.

23) P. HINSCHIUS en 1883, citado por H. JEDIN, *Chiesa della fede Chiesa della storia*, Brescia, 1972, pag. 66 y de ALBERIGO, *op. cit.*, págss 212 y 232.

24) *D.T.C.*, (1908) artículo *Conciles*, col.669, citado por Alberigo, I.e.

25) Giuseppe Damizia, en *Enciclopedia Cattolica*, *op. cit.*, entrada Concilio, col. 167.

26) *Sodalitium*, nº 35 págs. 6-8

27) A. RICCARDI, *Il potere del papa*, *op. cit.*, pág. 178

28) Don Milani prosiguió: "Y el cardenal Ottaviani aprovechó inmediatamente para condenar mi libro". Juan dejó que las cosas sucedieran, según la política de "dos vías" de la que hablamos, pero luego fue él quien

dirigió las cosas hacia el aggiornamento “. La cita de Don Milani se encuentra en *Papa Giovanni*, editado por G. h, *op. cit.*, pág. 159

29) A. RICCARDI, *Il potere del Papa*, *op. cit.*, págs. 178-179.

30) A. RICCARDI, Chiesa e Papato, *op. cit.*, pág. 203.

31) A. RICCARDI, ibídem. La cita de Siri está tomada de G. Siri, *La giovinezza della Chiesa. testimoníame, documenti e studi sul Concilio Vaticano II*, Pisa 1983, págs. 175-197.

32) A. RICCARDI, *Il potere del papa*, *op. cit.*, pág. 202. Los votos de los obispos fueron publicados en los volúmenes *Acta et documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando,* Typis Pologlottis Vaticanis, 1961. Un examen global de los votos de los episcopados de las distintas naciones se puede encontrar en A. RICCARDI, *Chiesa e papato*, *op. cit.*, págs. 203-207. Pera los votos del episcopado italiano, cf. G. Miccoli**, Sobre el papel de Roncalli en la Iglesia italiana, en *Papa Giovanni*, editado por G. Alberigo, *op. cit.*, páginas 195-209.

33) A. RICCARDI, *Chiesa e papato*, *op. cit.*, pág. 206.

34) G. Miccoli, Sobre el papel de Roncalli en la Iglesia italiana, en *Papa Giovanni*, editado por G. Alberigo, *op. cit.*, pág. 195.

35) “Tratar temas que conciernen al comunismo”. ¡En cambio, el concilio no dijo ni una palabra sobre el comunismo!

36) “¡No menos testarudos que sus predecesores!”. Y de hecho ninguno de ellos volvió a la Iglesia, mientras que millones de católicos la abandonaron después del Concilio.

37) “Generalmente el pueblo cristiano ya no escucha la voz de la Iglesia. En Italia, y creo que en todo el mundo, el comunismo progresa sin cesar, porque el pueblo cree en los engaños de los comunistas mientras desprecia las promesas de bienes eternos. El progreso y el aumento de los comunistas son realmente de temer”.

38) “Nadie ignora la disminución de la devoción y la corrupción de las costumbres del pueblo cristiano”, cardenal Pizzardo, obispo de Albano.

39) “La manifestación y difusión de la inmoralidad y de la vida perversa de los neopaganos se agrava cada vez más”, monseñor Marchesani, obispo de Chiavari.

40) “Estamos angustiados por la creciente inmoralidad de nuestro pueblo”, monseñor Bosio, obispo de Chieti y Vasto.

41) “La corrupción crece en todas partes”, cardenal Siri, arzobispo de Génova.

42) “Como todo el mundo admite, en nuestros tiempos arrasa el infame secularismo y también el perverso comunismo”, cardenal Marcello Mimmi, obispo de Sabina y Poggio Mirteto, fallecido el 6 de marzo de 1961.

43) “La plaga del comunismo se extiende día a día, con la mayor ruina de las almas, ya que incluye todas las herejías y abre el camino a todos los vicios, pecados y crímenes”, Monseñor Beccaro, obispo de San Miniato.

44) El mérito de estas intervenciones clarividentes es del obispo de Lodi, monseñor Benedetti, por la condena de De Lubac y de Theilard, y del cardenal Micara, obispo de Velletri, y de monseñor Imberti, arzobispo de Vercelli, por la condena de Maritain y de su idea de “nuevo cristianismo” como “una indicación de la capitulación de la Iglesia ante el mundo moderno”. Cf. Miccoli, pág. 207.

45) El lector no debe dejarse engañar por la terminología tendenciosa de Miccoli, así como de la mayoría de los autores que cito, casi siempre entusiastas del Concilio Vaticano II. Desafortunadamente, la historiografía del lado opuesto es rara.

46) Fue propuesta de Mons. Picchinenna, arzobispo de Acerenza, Mons. Stoppa, obispo de Alba, Mons. Bolognini, obispo de Cremona, Mons. Torrini, arzobispo de Lucca, Mons. Chelucci, obispo de Montalcino, de mons. Gaddi, obispo de Nicosia y del cardenal Ruffini, Arzobispo de Palermo.

47) G. MICCOLI, *op. cit.*, páginas. 197-198.

48) LORIS E CAPOVILLA, *Papa Giovanni XXIII, gran sacerdote, come lo ricordo*, Roma 1977, págs. 178 y sigs.

49) Giovanni XXIII, *Lettere* cit., apéndice, nº 57 pág. 520: Miccoli, *op. cit.*, pág. 208

50) Estos son el cardenal Siri, el obispo de Andria, mons. Brustia, el de Pesaro, mons. Borromeo, el de Reggio Emilia, mons. Socche, mons. Saba, obispo de Nicotera y Tropea, Mons. Caminada, obispo de Sant'Agata dei Goti y de Mons. Calabretta, obispo de Noto.

51) G. Miccoli, *op. cit.* Pág. 198. Puede encontrarse una lista incompleta de obispos que se opusieron al neomodernismo en Miccoli, *op. cit.*, pág. 208, nota 116.

52) G. Miccoli, *op. cit.*, pág. 198. Son los obispos Jannucci de Penne y Pescara, Catarella de Piazza Armelina, Cannonero de Asti, Nicodemo de Bari, Ubaldi de Gubbio, Borromeo de Pesaro, Dorni de Pistoia, Dal Prä de Terni y Narni, Imberti de Vercelli y, contra la “Base” de la D.C., Di Lieto, de Ascoli Satriano y Ceriñola.

53) G. Miccoli, *op. cit.*, pág. 199

54) *Giovanni e Paolo, due Papi. Saggio di Corrispondenza (1925-1962)*, editado por Loris E Capovilla, Istituto Paolo VI - Ed. Studium, Brescia-Roma, 1882, pág. 126.

55) Hebblethwaite, *op. cit.*, págs. 485-486

56) Benny Lai, *Il Papa non eletto*, Laterza, Roma-Bari, 1993, pag. 100 nota 18 para comparar con la pág. 95 nota 6. De manera similar, en el cónclave en el que fue elegido Montini, un nutrido grupo de cardenales, encabezados por el cardenal Tappouni, propuso la elección a Siri para evitar la de Montini. "O acepta - dijo Tappouni - o es un desastre" (página 201, nota 5).

57) Según el biógrafo de Tardini, el nombramiento fue sugerido por el card. Ciriaci. Hebblethwaite (*op. cit.*, página 465) afirma maliciosamente, pero sin pruebas, que Juan XXIII "comprendió que era mejor que Tardini participara en la preparación del Concilio, que tener la oportunidad de ejercer su vena satírica desde fuera".

58) Hebblethwaite, *op. cit.*, 479. Sin embargo, escribió a Tardini a favor de la reforma de la Curia: sería apropiado que "la Curia romana abandonara ciertos hábitos honoríficos, rituales o puramente jurídicos para dar ejemplo de fraternidad y humildad cristianas, incluso evangélica" (I.e.).

59) cf. Hebblethwaite, *op. cit.*, págs. 471-478.

60) Tanto antes como después de las elecciones, Roncalli esperaba un "nuevo Pentecostés" para la renovación de la Iglesia. No es casualidad, por tanto, que Juan XXIII haya elegido la fiesta del Espíritu Santo para marcar las etapas conciliares (¿como si de un nuevo Pentecostés naciera una nueva Iglesia?). Cf. Hebblethwaite, *op. cit.*, págs. 465-466.